

## Los Libros

“ESAS NIÑAS UGARTE...”, de *Waldo Urzúa*. Ed. del Pacífico, 1954

Sorpresivamente —casi de sopetón— entró Waldo Urzúa a la literatura chilena el año 1952. Aunque antes había publicado una novelita —*Un hombre y un río*— era Urzúa desconocido del público lector. Su prestigio data sólo de ese año, cuando Nascimento, en pulcra edición, entregó a la voracidad del público la novela *Don y Doña*. Constituía ella, según el propósito del autor, la primera de una serie de obras que enfocarían la clase media chilena y sus azares. Don Diego Ugarte y su mujer doña Dolores, protagonistas de *Don y Doña*, eran arquetipos de una especie social: el señor feudal del campo chileno de mediados del pasado siglo. Un crítico, Alejandro Magnet, ha dicho con razón que, a pesar de poseer una fuerte personalidad ambos personajes carecen, sin embargo, de individualidad. Esta observación, por lo demás, vale para casi toda la producción de Urzúa. El dibujo psicológico de sus personajes desaparece aplastado por el turbión de los hechos. No hay en ella la vida concreta de un hombre o una mujer; hay sólo el tropel de lo anecdótico atravesando en carrera desbocada las páginas de la obra. Por eso mismo, Waldo Urzúa —débil como captador de caracteres— es fuerte y elocuente en la descripción de cuadros costumbristas. Su pintura es honesta, es viva y es apasionada. Coge la pluma y, sin esfuerzo, la deja correr grácil por las cuartillas. En su estilo, sin elaboraciones

artificiales, encanta al lector su naturalidad. No hay en él, por lo mismo, retoricismo emperifollado. Menos aún, posturas ante el lector.

Estas características generales de *Don y Doña*, obra que no tuvo la repercusión que se merecía, se aprecian también en la novela —segunda del ciclo— titulada *Esas niñas Ugarte...*, que acaba de lanzar la editorial del Pacífico.

Dice el prologuista de la obra que comentamos que ella es la novela de la clase media chilena (en esto, quien tal cosa afirma no hace sino seguir las propias palabras de Urzúa). Sin embargo, no estamos de acuerdo. La clase media chilena nació como clase fuerte, pujante y llena de vida y la novela que sobre ella se escriba ha de hacerse con personajes bien delineados, viriles, austeros, pujantes en su lucha por sobrevivir como clase. *Esas niñas Ugarte...* se reciente justamente en este aspecto: sus personajes son débiles, aguachirles, sin carácter: se desdibujan bajo el huracán de los sentimientos. Waldo Urzúa es, si pudiéramos decirlo, un escritor sentimental, emocional y las gentes de su producción se agazapan bajo la presión del tumulto sentimental sin lograr vencerlo. Por eso mismo las páginas mejor logradas de la obra son aquellas en que Urzúa, olvidándose del personaje mismo, traduce en palabras el sentimiento hondo del amor maternal, por ejemplo, o el brioso amor pasional.

Es precisamente por lo que anotamos que algunos personajes de la obra —Carolina Ugarte, por ejemplo— se diluyen, pierden su individualidad. Agreguemos a lo dicho, la serie de cuadros y escenas costumbristas que Waldo Urzúa alinea en cada capítulo ante los ojos del lector. Estas escenas pintorescas —que a veces se alargan desmesuradamente— distraen al lector, que pretende seguir el rastro de los personajes y de su conducta frente a la vida. Urzúa prodiga el cuadro costumbrista y lo prodiga porque sabe que en esta pintura está su fuerte. Pinta con acierto y colorido el Santiago “fin de siglo”: el Dieciocho, la Pascua, el Año Nuevo, el Santa Lucía, el paseo dominguero en la plaza, el Parque Cousiño, las chinganas, la casona familiar, escapan de su pluma y pletóricas de vida asaltan la imaginación del lector hasta hacerle vivir el Santiago del 80

y tantos. En esto hay indudablemente un claro parentesco literario entre Waldo Urzúa y don Alberto Blest Gana: el tono de la obra de Urzúa recuerda a cada paso al autor de *Martín Rivas*.

Hay también en esta acuarela costumbrista de Urzúa un afán de satirizar las costumbres y los prejuicios que no siempre es feliz. La sátira se pierde por falta de ingenio o porque el autor toma demasiado en serio las frases que a propósito de la sordidez del medio —inculto, presumido, aprovechador— emplea en su obra.

*Esas niñas Ugarte*... son los arquetipos de esa clase media que, afortunada en lo económico, pretende, venida desde la oscuridad provinciana, poner casa en Santiago para relacionarse. Repetimos que la sátira de Urzúa —por tornarse demasiado seria— pierde su carácter de tal y se hace dura y pesada. Pero el cuadro costumbrista impresiona favorablemente al lector que aprecia en su pintura las condiciones estilísticas de Waldo Urzúa que —ya lo hemos dicho— con natural soltura trenza sus frases y hace de ellas una fina malla que aprisiona al lector. Y éste, encantado, se deja aprisionar.

Vale la pena leer estas páginas. Si hay en la obra defectos —y aquí hemos señalado más de uno— hay también auténticas calidades; calidades que hacen de Waldo Urzúa un autor cuyo nombre debe ser más repetido y comentado en el círculo amplio de los que —atentos— siguen el desenvolvimiento de la literatura chilena.—

*Mario Céspedes.*



“SINFONÍA DEL LÍMITE”, del doctor *Hugo Lindo*

He aquí un libro extraordinario, en que lo esotérico y abstracto se combinan y confunden de manera verdaderamente perfecta con la melodía del verso y con la sobria riqueza del idioma manejado con la soltura y elegancia de quien es, con toda justicia, Académico de la Lengua en su patria centroamericana. El poeta no es un primerizo de las letras: su obra anterior, vasta y prolija, fuertemente influenciada por los místicos españoles y por el romancero,